

Clubes femeninos del PRC en *Patria* (1892-1895)

Mayra Beatriz Martínez

¿Cuál fue la recepción que hizo Martí del proceso de socialización de la mujer en los clubes de su Partido Revolucionario Cubano (PRC) desde las páginas de *Patria*? ¿Cómo se enlaza este acceso a la visibilidad y la gestión social femenina con el “deber ser” tradicional de reproductora y cuidadora, si nos dice que aún la prescribe “tímida y quieta en su natural”, animando y aplaudiendo, ungiendo “la obra con la miel de su cariño”?¹

Martí, mucho antes de ser El Delegado, en su etapa juvenil de viajero, había conocido de cubanas emigradas en España, México, Guatemala y Venezuela, por razones económicas o políticas, y, obviamente, las hallaría después en los Estados Unidos —donde asentara sus últimos y más productivos catorce años de vida. Ellas habían llegado a animar cenáculos exclusivos dedicados a la colección de fondos en auxilio a los combatientes y a sus familiares sin amparo durante las guerras “grande” y “chiquita”.

Las cubanas estarían preparadas ya en los noventa, pues, para integrar los clubes femeninos del PRC, que representaron un escalón más alto de gestión pública y, sobre todo, de concientización patriótica, muy en especial entre 1892 e inicios de 1895, al calor de la prédica y orientación martianas. Consta documentalmente la presencia de clubes en Colombia, Costa Rica, Haití, Honduras, México, Venezuela, El Salvador, Jamaica, Panamá, República Dominicana y, desde luego y sobre todo, en los Estados Unidos. En Cuba, donde no se organizó oficialmente el Partido, existieron asociaciones femeninas clandestinas a imagen y semejanza del resto de las afiliadas a él.²

Los estudiosos del tema se han quejado de la falta de actas que se refieran al funcionamiento interno de la mayoría de estos clubes, sin embargo, creo que básicamente, para la etapa y el enfoque que nos interesa, contamos con documentos valiosísimos dentro del *corpus* martiano —en lo fundamental, reportes y crónicas en *Patria*, así como cartas intercambiadas con directivas de los clubes — personales o publicadas allí mismo.

Estos documentos recogen dos tipos de registro diferentes, pero complementarios: el concerniente al reporte de las actividades concretas de los clubes —en cartas y notas informativas—, y la recreación que realiza, fundamentalmente, en sus crónicas y comentarios de *Patria*, los cuales se encargan de estructurar un patrón de comportamiento para la mujer patriota, que no en todos los casos respondía a la realidad, sino a su intento de aportar pies seguros a su utopía emancipadora.

Detengámonos en un ejemplo clásico, en los documentos vinculados al club “Mercedes Varona”, primero de los afiliados al PRC. Se fundó el 21 de febrero de 1892 en Cayo Hueso, de modo que antecedió, incluso, a la proclamación del Partido, que ocurrió el 10 de abril de ese año. Se dice que se creó a instancia del propio Martí, lo cual nos da la medida de cuán claro estaba para él el papel que debía destinársele a la mujer en su “guerra necesaria”. No era, paradójicamente, un desempeño de avanzada, semejante al de sus contemporáneas estadounidenses y europeas —involucradas en las luchas por el sufragio y otros derechos civiles, que el cubano conocía bien. No se esperaba de ellas una agencia social suficiente, autónoma, como la evidenciada, décadas antes, por Ana Betancourt o la propia de Mercedes Varona —de quien, sintomáticamente, se liman aristas en el propio texto martiano donde celebra la fundación del club de su nombre. El rol previsto no era otro que el avalado por estereotipos de pensamiento al uso, y, por lo tanto, absolutamente aceptable por las masas viriles llamadas a la lucha. Leamos algunos fragmentos elocuentes y notemos la mediación martiana:

Vuelven los tiempos a ser lo que fueron; la mujer antillana, palma siempre y clavellina, no ama la tierra donde cría a su hijo sin raíz [...] Aborrece aquella actividad de naturaleza varonil que quita fuerza, en vez de darla, a la acción

diversa y propia de nuestras compañeras, quienes ni en mente, ni en bravura, ni en abnegación nos ceden, ni en la manera de poner en palabras la profecía instintiva, que es en su sexo como dote, y el entusiasmo, en la mujer más valioso porque *ella de naturaleza rehúye todo lo mortal y violento*. [...].

Para otro día será el recordar cómo [...] cayó la mujer, contenta y muerta; *cómo, en el bohío libre, murió Mercedes Varona*.³

Esta luchadora tunera —llamada La Heroína de las Arenas—, era una veinteañera que había cumplido misiones de correo de las fuerzas mambisas, cuando el 1^{ro} de enero de 1870, al trasladarse a caballo hacia Manzanillo, tropieza con un tiroteo entablado entre mambises y tropas españolas cerca de Las Arenas. Mercedes avanzó emocionada para alentar a sus compatriotas y, según se asegura, fue baleada mortalmente tras gritar: “¡Fuego cubanos! ¡Poco me importa la vida! ¡Viva Cuba Libre!”. De manera que se considera la primera cubana en ofrendar su vida directamente a la causa libertaria. Sin embargo, en el texto que antes citamos, Martí no la pone a morir en pleno combate, sino dentro de “el bohío libre”.

Es obvio que Mercedes tuvo un desempeño bien diferente al de cuidadora, como implícitamente se expresa en el fragmento —no se había trasladado con su familia a la manigua, ni siquiera era enfermera de las tropas: ser mensajera entre la ciudad y los campamentos de insurgentes había sido una labor que decía mucho de su valor, agilidad y fortaleza... características todas “viriles”, amén de que su muerte en medio la escaramuza guerrera la alza como verdadera “heroína”, a la par de los combatientes hombres. No podemos, desde luego, dejar de considerar que tal vez Martí no tuviera la información precisa del caso, pero lo cierto es que se manifestó interesado en colocar su desempeño al interior del hogar en condiciones de guerra.

Significativamente, justo a través del club del Partido Revolucionario Cubano que adopta el nombre de la heroína, la mujer cubana en el exilio ejerció por primera vez su derecho al sufragio dentro de una organización política —lo cual, desde luego, podía haber marcado las aspiraciones de civilidad de las cubanas dentro y fuera de la Isla. Tampoco Martí destaca este evento notable. Ellas no solo habían

seleccionado su directiva por votación, sino que su sufragio unánime apoyó la candidatura de José Martí como delegado y de Benjamín Guerra como tesorero en los primeros comicios del PRC.

Otro elemento a tener en cuenta en este interesante texto radica en la forma de presentarnos a la cubana que fuera elegida presidenta del club, de quien no nos informa su nombre, sino el de su esposo: “En las casas y en los corazones, más que en el bullicio ajeno a su natural, trabajan las esforzadas obreras. Preside, *tímida y fiel*, la compañera de Sotero Figueroa [...]”.⁴

Nada parece indicar que la puertorriqueña Inocencia Martínez Santaella alguna vez fuera la señora recatada que nos sugiere el artículo martiano citado— “tímida y fiel”: más bien parece hasta una recomendación de *deber ser* para ella. Josefina Toledo⁵ refiere que Inocencia, desde muy joven, se caracterizó por una actitud liberal: a la edad de veintitrés años decide contraer matrimonio con Sotero Figueroa —mucho mayor de edad que ella, padre ya de cuatro hijos, mulato y luchador por la independencia—, en contra de la voluntad de sus padres. Entre 1892 y 1893, su matrimonio estaba en crisis y habían muerto tres de sus hijas. No obstante, a pedido de Martí y evidenciando gran entereza de carácter y competencia, se mantiene dirigiendo el “Mercedes Varona”. Tres años después organiza el primer club femenino específicamente puertorriqueño: “Hermanas de Rius Rivera”. Terminada la guerra y cedido Puerto Rico a Estados Unidos, Inocencia se traslada a La Habana y, al crearse la “Asociación de Señoras y Caballeros por Martí” (1900), es electa delegada por la capital. Se recuerda que fumaba en público, llevaba corto el cabello y en 1921 se le veía conducir un auto vistiendo pantalones. No creo que haya que agregar algún comentario.

Alrededor del “Mercedes Varona” Martí nucleará otros textos donde, con tono siempre paternal, reafirma modelos de “esposas y a las madres tímidas”, “con el hijo en los brazos”, destaca el “derecho y capacidad de la mujer, *piadosa por sí*”, y prevé, con elocuencia, una escena que coloca a las cubanas en su futuro —“flacas las manos del trabajo y la viudez”—, y justo como espectadoras de la gestión histórica

cumplida por sus hombres: “saludando *con las palmas de su martirio* la procesión del triunfo”.⁶

Resulta evidente, asimismo, la intencionalidad con que coloca siempre, en calidad de hecho conseguido, la unión de ricos y pobres, de ilustrados e iletrados, de obreras y damas de sociedad, y de cubanas con otras norteamericanas a la sombra de los sagrados deberes patrios. En especial las que pudiéramos calificar de “crónicas de sociedad”, donde describe las actividades culturales y de recreo organizadas por los clubes femeninos para recaudar fondos, dan cuenta de ese clarísimo propósito. Solo referiré brevemente un momento de “El baile de la Sociedad De Beneficencia Hispano-Americana”, texto delicioso que recomiendo, donde El Delegado, transmutado en caballero mundano, demuestra su magistral conocimiento de modas femeninas —que no tenemos tiempo de citar:

¡Ah, baile hermoso! Las diez eran de la noche terrible, noche de frío extranjero que hace amar más la libertad [...] Es la patria en la nieve, y todo el mundo va a la patria. Son las diez; y van llegando los coches, los coches de la riqueza, los coches del ahorro, los coches del esfuerzo: ¡hoy, por los pobres! ¡mañana,—por la pobre!... —

[...] Pero todo esto, por lo que a los cubanos toca, hubiera sido acaso exhibición inoportuna e impropia alegría, sí con ella no se hubiese asegurado una institución que en la cama del enfermo y en el umbral del pobre continuará uniendo, ante esta otra América, los pueblos que la naturaleza y la historia han unido en la nuestra; porque la fiesta hermosa nos probó una vez más que vivimos *con una sola alma* los pueblos todos [...]⁷

¿Fue esta convivencia femenina realmente así, o constituye otra de sus construcciones preformativas, encargadas de conminar a sus lectoras —atrapadas por el discurso elegante, casi frívolo— a esa determinada acción unificadora?

Ciertamente, existieron clubes mixtos de cubanas y puertorriqueñas, y, desde luego, de simpatizantes de la causa cubana de otras nacionalidades en los distintos países

donde ellos se afincaron; incluso de estadounidenses, como fue el caso de la “Liga Cubanoamericana de Filadelfia” —posiblemente devenida, luego, club “Hermanas de Martí”. En cuanto a extracción social, también fueron diversas sus integrantes: desde obreras despalilladoras hasta damas con los mayores recursos y educación. Da cuenta en “Cuatro clubs nuevos”, de la existencia de uno en particular que reúne a “las que tienen más” y “las que tienen menos”: el club de las ‘Cubanas de Ocala’.”

La urgencia de unidad de acción es un objetivo que Martí no pierde de vista, en tanto resulta, además, plenamente concomitante con la divisa que pone en marcha su utopía emancipadora: “con todos y para el bien de todos”.

En su espléndidamente cronicado reportaje “El baile de la Sociedad De Beneficencia Hispano-Americana”, que ya citamos y que saliera publicado en enero de 1893, se ocupa de describir sucintamente ¡cuarenta y tantas féminas asistentes!, a las cuales, halaga e, implícitamente, conmina a la labor de sostén material y espiritual que de ellas espera. Detectamos que al menos cinco llegaron a ser directivas de dos clubes: “Hijas de Cuba”, de Nueva York —Angelina de Quesada (presidenta), Ubaldina Barranco de Guerra (tesorera), Carmen Mantilla y Carmen Miyares (secretarias)—, y “Discípulas de Martí, de Tampa”—Ana Merchán (presidenta). No contamos con el dato de quiénes fueron miembros de esos clubes, pero podemos presuponer que otras de aquella memorable relación martiana, debieron integrar sus filas. Pensamos, en conclusión, que sus estrategias sugestivas, al cabo, surtían efecto.

Evidencia del prestigio, influencia y respeto que alcanzó entre las emigradas, son los nombres adoptados por muchos clubes: “José Martí” en Kingston (1892), “Hermanas de Martí” en Filadelfia (1893) y Cayo Hueso (1895), “Céspedes y Martí” en Nueva York (1896), “Hijas de Martí” en Puerto Príncipe (1895) y Nueva York (1895), y “Discípulas de Martí (1895) e “Hijas del Consejo de Martí” (s/f) en Tampa.

¿Podríamos señalar alguna de las figuras femeninas que retrata como una figura modélica por excelencia? Obviamente, la anciana Carolina Rodríguez, muy mencionada en textos publicados y cartas, fue la escogida como paradigma. Fue

una despalilladora, organizadora de uno de los clubes más importantes en apoyo de las contiendas anteriores: “Hijas de la Libertad”, por lo que al conocerla Martí gozaba de un notable prestigio entre los emigrados.⁸ ¿Qué podría representar Carolina, que tan seguida fue de cerca por al Apóstol? Sin lugar a dudas un típico ser “para otros”. Carolina fue para él, nada menos que “El alma cubana”. Veamos algunos de los rasgos con que la dibuja en un texto homónimo, publicado, desde luego, en *Patria*:

¿Quiere saberse cuál es el alma cubana? Hay allá, en un rincón de la Florida [...] una anciana de buena casa, y de lo más puro de las Villas, que perdió con la guerra su gente y su hogar. [...] Por la mañanita fría, con los primeros artesanos sale a las calles, arrebujada en su mantón, la anciana Carolina, camino de su taller, y sube la escalinata de la entrada, y se sienta, hasta que oscurece, a la mesa de trabajo. Y cuando cobra la semana infeliz, porque poca labor pueden hacer manos de setenta años, pone en un sobre uso pesos, para un cubano que está enfermo en Ceuta, y otros en otro sobre, para el cubano a quien tienen en la cárcel de Cuba sin razón, y en el sobre que le queda pone dos pesos más, y se los manda al Club Cubanacán, porque le parece cubano muy bueno el presidente de ese club, y porque ése, Cubanacán, es el nombre que llevó ella cuando la guerra. Con ojos de centinela y entrañas de madre vigila la cubana de setenta años por la libertad; adivina a sus enemigos, sabe donde están todos los cubanos que sufren, sale a trabajar para ellos, en la mañanita fría, arrebujada en su manta de lana. ¡Esa es el alma de Cuba!⁹

La impronta martiana fue tan grande sobre la vida de esos clubes que luego de su muerte, su dinámica varió y volvieron a ser mayormente asociaciones de socorro. Hay que tener en cuenta, desde luego, que había comenzado la guerra y muchas más mujeres, ancianos y niños quedaban desvalidos, amén de que aumentaba la necesidad de recursos para mantener los hombres en la manigua. Se supone que por ello crecieron en número y aumentó considerablemente, también, el monto económico de sus aportes. Paul Estrade anota que, a la muerte de Martí, existían quince clubes —con unas trescientas miembros— y que poco más de dos años

después —a fines de 1897— habían llegado a cuarentainueve. Al terminar la guerra debieron estar afiliadas a los clubes entre mil y mil quinientas mujeres.

Estrade relaciona este aumento con que, tras el inicio de la guerra “cierto número de mujeres toma lugar de los ausentes, que partieron a la manigua, en el combate que el PRC sostiene en el extranjero.¹⁰ Nos parece que exagera un tanto el hecho de que *tomen el lugar de los hombres ausentes*, cuando sabemos que nunca alcanzaron un nivel de igualdad total respecto a sus compatriotas dentro del PRC: fueron permanentemente asesoradas —y, por tanto, supervisadas—, a pesar de la voluntad martiana que había sido de legitimación de su valía como compañera de lucha.

Recordemos que en muchos casos ellas debieron delegar su representación ante el Consejo en hombres elegidos a tal efecto —no por alguna necesidad coyuntural— y, de igual modo, eran mayormente hombres los que llevaban la contabilidad. Sin embargo, no podemos responsabilizar a El Delegado por esta situación: él debió también someterse a los designios de los estereotipos de pensamiento consensuados en función del buen desenvolvimiento político. Por momentos logramos atisbar que ideas más atrevidas subyacen en sus planteamientos, que debieron ser convenientemente amordazadas. En el propio momento de la proclamación del Partido, reseña lo que ha sido publicado y no lo desmiente: “El Cayo, de días atrás, se preparaba para la noche de consagración, ‘y a conmemorar el día—dice *El Yara*— en que fue escrito: *todos los habitantes de la República son enteramente libres*’.”¹¹ Estrade mismo termina por reconocer que se trataba de un estatus de “dependencia aceptada” por la propia mujer. Nos dice: “[...] formularon con mucha menos audacia que sus antecesoras, las reivindicaciones propiamente feministas [...] Eran menos ‘libres’.”¹²

En verdad, muchas de estas mujeres que compartían —o aceptaban— las ideas patrióticas de sus conyugues, felizmente casadas, que respondían a esquemas de familia tradicional, para nada deseaban alterar sus estatus: así, eran “revolucionarias” y conservadoras a un tiempo. No nos sorprende Martí, al comentar con beneplácito a la presidenta de la “Sociedad patriótica Hijas de Hatuey”, el hecho

de que su acta de constitución esté “llena toda de nombres de héroes”:¹³ de los apellidos de los “ilustres” esposos. Ellas, con explícito orgullo, habían firmado: Clara Camacho *de Portuondo*, Ángela Ciarlos *de Alomá*, Rosa García *de Portuondo*, Caridad Valdés *de Valdés*, Dolores del Prado *de Milanés*... Desde luego, ésta era costumbre extendida en la época, aunque, evidentemente, acá Martí aprovecha la circunstancia para destacar la activa gestión revolucionaria de sus cónyuges.

Interesante recordar que existieron clubes formados por niñas. Martí debió distinguirlos particularmente por el valor emotivo que encerraban, pero, también, porque potenciaban el cumplimiento de *deberes ser* que habrían de cumplimentar en el futuro, en la república que imaginaba. Así lo percibimos en una breve misiva enviada a una de esas “damitas”, Melitina Azpeitia —para hacerle acuse de recibo de \$31.25 recaudado por su club—, donde aprovecha para subrayarle la seriedad de su tarea: “¿Quién sabe, niñas del club, qué herida se curará con ese bálsamo, qué bandera se comprará con esa ofrenda? No yo, sino mi patria,—besa a Vds. la mano”.¹⁴ Había dirigido su carta, con todo rigor y respeto, a la “Presidenta del Club ‘Porvenir de Cuba’ ”, aunque no evita, inmediatamente, calificarla de “Niña querida”.

Desde luego, la presencia de clubes de niñas fue más acentuada en los Estados Unidos —Tampa, Nueva York y Cayo Hueso, en el que radicaba la pequeña Melitina—, donde los estereotipos de pensamiento en torno a la mujer moderna participativa lo permitían con mayor facilidad. En el resto de las emigraciones —de Sur y Centro América y del Caribe— las nenas representaban sobre todo mero adorno en las actividades patrióticas.

El hecho es que, tras la desaparición física de El Delegado, los clubes femeninos del PRC se retrotrajeron hacia la naturaleza puramente mutualista, característica de las asociaciones que acompañaron las contiendas anteriores, más acorde al simple papel “natural” de la mujer como “protectora”. La mujer se vio mucho menos al centro del pensamiento y la gestión revolucionaria, espacio que, pese a todo, Martí comenzaba a asignarles en reconocimiento tácito a lo que ya había demostrado la cubana en la propia manigua mambisa y en coherencia con su concepción de democracia real a que aspiraba.

¹ José Martí: “De las damas cubanas”. *Obras completas*, t.5, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp.16-17.

² Véase al respecto a la participación femenina: Raquel Vinat: *La Guerra de 1895*, 1998, y “Participación femenina en la lucha de independencia cubana, 1895-1898”, La Habana, *Cuadernos Cubanos de Historia*, 1998; Armando O. Caballero: *La mujer en el 95*, La Habana, Editorial Gente Nueva, 1892.

³ José Martí: “Los clubes. Mercedes Varona”, *Obras completas*, t. 1, ed. cit., pp. 381-382.

⁴ Idem.

⁵ V. Josefina Toledo: *Sotero Figueroa. Editor de Patria*, La Habana, Letras Cubanas, 1985.

⁶ José Martí: “El Delegado en Nueva York”, *Obras completas*, t. 2, ed. cit., pp. 178-179.

⁷ José Martí: “El baile de la Sociedad de Beneficencia Hispano-americana”, *Obras completas*, t. 5, ed. cit., pp. 61-68.

⁸ Se dice que ese club volvió a organizarse en 1892, bajo la dirección de Celia Poyo.

⁹ José Martí: “El alma cubana”, *Obras Completas*, t 5, ed. cit., pp. 15-16.

¹⁰ Paul Estrade: “Los clubes femeninos en el Partido Revolucionario Cubano (1892-1898)”, La Habana, *Anuario Centro de Estudios Martianos*, no. 10, 1987, p. 178.

¹¹ José Martí: “Las reuniones de Proclamación”, *Obras completas*, t. 2, ed. cit., p. 309.

¹² Idem, p. 181.

¹³ José Martí: “A Clara Camacho de Portuondo”, *Obras Completas*, t. 2, ed. cit., p. 391.

¹⁴ José Martí: “A Melitina Azpeitia”, *Obras Completas*, t. 3, p. 259.